

JOSÉ MARÍA ASENSIO

---

# PUNTO

Y APARTE

---

Cuatro verdades sobre la Revolucion de Setiembre  
de 1868 y la Restauracion

---

SEVILLA: 1877

FRANCISCO ALVAREZ Y C.<sup>ª</sup> EDITORES

Tetuan, n.º 24



PUNTO Y APARTE



SEVILLA

*Establecimiento tipográfico de Francisco Alvarez y C.<sup>o</sup>,  
impresores de Cámara de S. M. y de SS. AA. RR. los Serms. Sres. Infantes  
Duques de Montpensier.*

18cms.

R.70.990

JOSÉ MARÍA ASENSIO



PUNTO  
Y  
APARTE

ANT  
XIX  
727

Cuatro verdades sobre la Revolucion de Setiembre  
de 1868 y la Restauracion

*De fijo, si eres hombre de partido  
Y del tuyo el espíritu te ciega,  
De parcial culparás mi colorido;  
Mas si tú dices ALPHA y otro OMEGA,  
Porque es de opuesto bando, y resentido  
Tambien de alguna cláusula reniega,  
Probaréis uno y otro de consuno  
Que yo no me he casado con ninguno.*

(BRETON DE LOS HERREROS.—  
La desvergüenza, poema.)

SEVILLA: 1877

FRANCISCO ALVAREZ Y C., EDITORES

Tetuan, n.º 24

ES PROPIEDAD





---

## DOS PALABRAS

### *ACERCA DEL PRESENTE LIBRO*

Es opinion muy generalizada la de que en política poco ó nada nuevo se puede escribir, y que por lo tanto se empieza por faltar á la verdad cuando se califica de nuevo un libro que trata de política; á no ser que la calificación se refiera á la parte material del libro anunciado.

Hay, en verdad, algo de cierto y tambien mucho de exajeracion en dicho. En efecto; desde que Aristóteles escribió de política, pasando por Ciceron, Maquiavelo, Mariana, Fajardo, J. J. Rousseau, de Maistre, Benjamin Constant, F. Navarrete, Castelar, &c., &c., hasta el momento presente, se ha hablado y escrito tanto sobre esta ciencia que resume todas las ciencias sociales, y son tantas las variaciones que se han hecho sobre este moseado tema, que parece imposible que hombre alguno de nuestros tiempos pueda

decir cosa nueva acerca de él. Todos los sistemas, géneros, *estilos*, procedimiento, formas y fórmulas imaginables, aún más allá de la imaginación, han sido ensayadas por escrito y planteados con propósito de hacerlos eternos, y discutidos y controvertidos hasta la saciedad. Mas ¿deberemos deducir de ello que la materia está agotada? ¿Podemos creer que la política ha dicho su última palabra en aquellos y en nuestros tiempos?

Opinamos que no; y hay más, creemos que estamos todavía estudiando los primeros rudimentos de esta ciencia, puesto que, á pesar de los dos mil y cuatrocientos años transcurridos, la puerta del Sol en Madrid se parece como un huevo á otro huevo á la plaza de Atenas y al *Forum Romano*, y conservamos todas las formas de gobierno, el mismo *juicio*, el mismo criterio político y hasta la mismísima tecnología que se usaba en vida del preceptor de Alejandro.

Debemos, sin embargo, hacer una salvedad; hemos descubierto el mecanismo constitucional y la forma representativa parlamentaria. Esto ya es nuevo; esto es un progreso político; y por lo tanto queda demostrado que es posible en nuestros días decir, ó escribir un libro que diga algo más que los que le han precedido, escritos sobre esta materia en los veinte siglos que precedieron la revolución inglesa.

Empero, si se quiere, concederémos que sea difícil decir ó escribir algo nuevo en política; mas á condicion que se nos otorgue la posibilidad de decir lo viejo de una manera que lo haga aparecer nuevo. A quien nos niegue esta concesion, le remitimos al libro de Asensio.

Y no se nos arguya con que el autor es el primero en dar en tierra con nuestra afirmacion, puesto que en el párrafo con que encabeza su escrito, declara su incompetencia, aseverando que *nunca se ha ocupado de politica*: frase que traducida al lenguaje del sentido comun, ó vulgar, quiere decir: No espereis nada nuevo de quien escribe sobre una materia que no ha sido asunto preferente de sus estudios, ni objeto de sus ordinarias ocupaciones; porque contestarémos dándole en rostro con su mismo libro, que es el primero en desmentirle; y diciéndole, que despues de leído y releído, hay que declarar que se necesita más valor para negar la propia competencia, que para decir la verdad en la forma que lo hace; no yá á los contrarios, que ésto, al fin, no es arriesgado cuando están caidos, sino á los amigos que están en el poder, y á quienes asesta sendas verdades con una franqueza y fuerza de lójica tal, y tanto conocimiento de causa, que, ó no dice lo cierto cuando afirma que nunca se ocupó de politica, ó es político por intuicion.

El sólo título de su libro confirma nuestro juicio. *Punto y aparte*, le llama; mas no quiere esto decir que él haga punto y aparte por su cuenta con el pasado proponiendo una nueva y flamante doctrina, sino que acusa á sus amigos y adversarios políticos de no haberlo sabido hacer á tiempo. Diciéndoselo con honrada franqueza á los hombres de la revolucion de Setiembre del 68, condena implícitamente el pasado que la motivó, y al decirselo con ejemplar civismo á los hombres de la situacion, condena esplicitamente los errores y torpezas revolucionarias y á compás la marcha de los negocios públicos en estos dias.

Malo el antepasado, pésimo el pasado, y no bueno el presente; tal es el tema que se ha propuesto discutir, ó mejor diremos, el cuadro que bosqueja en grandes rasgos. Y por Dios que desarrolla aquel con tal vigor de intelijencia, y pinta éste con tanta viveza de colorido, que ha conseguido decir algo nuevo sobre una ciencia que parece haber caído en descrédito en España, ó por lo ménos hallarse estancada hace muchos siglos.

Empieza por pedir el restablecimiento de la política genuinamente española que practicaron los Reyes-Católicos y el Cardenal Cisneros. Si se trata de aquella política internacional, enérgica y levantada que hacía oír su irresistible voz y sentir la gravedad

de su peso en los pequeños Estados de Italia y en las grandes Córtes del Imperio y de Francia; que devolvía Roma al Papa y daba las más bellas provincias italianas á la Corona de Castilla, y que hacía de la España de aquellos tiempos un astro en Europa, en tanto que en los nuestros está convertido en satélite de cualquier sol que se levante en las orillas del Danubio, del Rhin ó del Sena; si se trata de aquella política, repetimos, estamos conformes con el autor; pero si por el contrario se refiere á la *casera*, nos tomaremos la libertad de disentir de sus opiniones.

Porque á la verdad, no creemos que pueda citarse como modelo de sabiduría y prevision una política que espulsó los judíos; revocó las capitulaciones de Granada; estableció en España la Inquisicion; no *pugnó* cual debiera *por lo de África*, y no supo fundar mercados comerciales en el Nuevo Mundo. Grandes errores que abrieron profundas heridas en el seno de la madre pátria, y que no bastó para curar la proteccion que se dispensó á las Ciencias y á las Letras; la libertad que se concedió al libro y á la imprenta, ni la cultura que se fomentó entre todas las clases de la sociedad, señaladamente en la más elevada que contaba en su seno una Reina como Doña Isabel y magnates como los Duques de Medina-Sidonia y Medina-Celi,

clase que fué la primera en comprender y auxiliar al inmortal Colon.

No obstante; mala y todo como fué aquella política de fronteras para adentro, tentados estamos á echarla de ménos, al leer en este libro—y lo más triste al verlo confirmado por los hechos—*que el termómetro político ha venido descendiendo en España desde aquellos tiempos.*

En efecto, aquella política con todos sus errores, era un áspero pero glorioso camino por donde transitaban los más grandes capitanes y los más ilustres marinos que vió el mundo desde la caída del imperio romano, y los hombres más doctos de aquel siglo y de casi todo el siguiente; al paso que nuestra política contemporánea es:

Una especie de via sacra sembrada de cruces—que no pone pero que paga el país:—cruces que algunos españoles se vãn metiendo en el bolsillo ó prendiendo en la solapa del frac á medida que adelantan en el camino, corriendo á torpe el postre; en tanto que para los demás es un verdadero camino del Calvario, donde dán tantas caídas como pasos andan por él, dejando el suelo sembrado de jirones de sus vestidos; y para el país es la inestabilidad de todos los sistemas; la perturbacion de todas las administraciones; el desconcierto de todos los partidos; el aniqui-

lamiento de todas las fuerzas productoras del país, y sería su ruina completa si hubiese fuerzas humanas capaces de reducirlo á escombros.

Cervántes llamaba en su tiempo al estómago la *oficina de la salud*; hoy podríamos llamarle el *laboratorio de la política*. La frase no es muy atildada, que digamos; pero es gráfica, y además no es nuestra. Mas dejemos este tema, y volvamos al libro de Asensio.

Atinadísimo se nos muestra al tratar de la Hacienda española; sus observaciones son juiciosas; sus corolarios acerca de ella exactos y sus demostraciones pertenecen á la categoría de aquellas que se tocan con la mano.

Nuestros hacendistas han sido, en lo general, empíricos, y en lo particular arbitristas y espedientistas; es decir, hábiles para encontrar recursos que los sacáran de los apuros del momento, y maestros en el arte de salir del paso de cualquier modo, dotes ámbas que no bastan para hacer un buen ministro de Hacienda.

Sin embargo, hemos visto y estamos viendo todos los dias caer los ministros de Hacienda; pero es con el ministerio todo, ó por una cuestion de amor propio, ó por necesidad de realizar una combinacion política. Pocos, acaso á ninguno, hemos visto dejar la cartera

por haber sido derrotado en las Cortes en una cuestion financiera, fiscal, arancelaria, económica ó administrativa.

Y, una de dos; ó todos los ministros de la Hacienda española son unas lumbreras y no se equivocan en nada de cuanto se roza en la gestion del Tesoro, con el crédito y la riqueza del país, ó como Necker, sabiendo poco en asuntos financieros, saben, sin embargo, infinitamente más que todos sus administrados juntos. Y si no es nada de esto, podrá ser que la Hacienda no es cosa séria en España, sino en cuanto se adhiere á una política dada; y aún así sólo en los dias de las sublevaciones y en los momentos de las reacciones, en que se ve confundida casualmente con los demás intereses morales y materiales que se discuten á balazo limpio y á cañonazo seco.

Dice Asensio, y dice bien, que el país paga más de lo que puede, y que esta es la causa de su empobrecimiento. Así es la verdad; mas permítanos añadir que el mal no está precisamente en eso, sino en que produce infinitamente ménos de lo que debe producir, por consecuencia de su detestable administracion.

Hubo un tiempo en que se decia en Castilla—granero de todas las Españas—que tres buenas cosechas arruinaban al labrador: frase que fotografia con admirable exactitud la administracion española.

La causa, pues, de su empobrecimiento, es, no sólo que se le hace fuerza para pagar lo que no puede, sino que á compás se le imposibilita de producir lo que debe. Hay en esto, como se vé, un error económico y otro error administrativo; y estos dos errores, que son la suma redonda de los infinitos que se vienen cometiendo en España desde tiempo inmemorial, se han acrecentado desmedidamente en los nuestros, tanto porque en ninguna ocasion se ha querido hacer *punto y aparte*, con respecto á ellos, como por no querer considerar que el sencillo mecanismo de la *Hacienda real*, que se reducía á decretar y cobrar lo que buenamente se podia, se ha trasformado en nuestros dias, en la complicadísima máquina de la *Hacienda nacional*, que necesita, para funcionar bien, algo más que un almojarife y unos cuantos contadores y recojedores de los tributos.

Los encargados de la jestion administrativa del Tesoro en España, sólo ven, por regla general, el país que debe pagar, y no se cuidan de averiguar hasta dónde el país puede racionalmente darles gusto; y sobre esta su peculiar manera de ver las cosas fundan todos sus sistemas de Hacienda, sus cálculos; sus presupuestos; sus operaciones de crédito; sus contratos con los banqueros nacionales ó extranjeros, &c., &c. Mas el país, que tambien por regla general, no en-

tiende una palotada de operaciones del Tesoro; de deuda flotante; de bonos; de emisiones; de cambios; de préstamos; de letras subastadas ó cedidas sin subasta; de valores descontados en la Bolsa al qué sé yo cuantos por 100, &c. &c., el país, repetimos, que nada entiende de esto, pero que lo sintió y siente pesar sobre sus costillas como una carga abrumadora, ántes de la revolucion, en la revolucion y despues de la revolucion, se pregunta, como Asensio: ¿Por qué no se hizo ó no se hace *punto y aparte* con este orden desordenado de cosas, especie de viento sembrado ántes, en, y despues, que sólo tempestades produjo, produce y producirá?

Averígüelo Vargas.

De la misma manera que estamos de acuerdo con el autor en el fondo de esta cuestion y en su manera de tratarla en su libro, lo estamos tambien en sus juicios sobre el pueblo español, á quien califica de poco apto todavía para la vida política por su ignorancia—sin culpa suya, sea dicho de paso—y por su genial (?) indolencia que le hace mirar con despego el trabajo.

En efecto; y aunque con rubor, tengamos la franqueza de confesarlo. No puede blasonar de político en la verdadera acepcion de la palabra, un pueblo que durante el curso de siete años seguidos, hace pasar al país, como un prestidijitador pasa y repasa las cartas

de una baraja, por una monarquía secular; un Gobierno provisional; una Presidencia; una monarquía electiva; una república de nombre ó sin nombre; un cantonalismo que fuera risible si no hubiera dado tantos disgustos á los acantonados *velis nolis*; una dictadura impuesta por una compañía de guardia civil,—procedimiento que no conocieron Sila, Mario, César, Cromwell, Napoleon I, ni Rosas,—y una restauracion perfectamente lójica, puesto que la revolucion no supo hacer *punto y aparte* con las causas que la trajeron «causas graves», como dice Asensio, á punto que la convulsion fué profunda.»

Nó; no puede blasonar de buena educacion política un pueblo que dá tan lastimosas pruebas de falta de sensatez en politica.

Y cuenta que no aludimos solamente al vulgo; sino que tambien á esa aristocracia ciudadana, á esas clases conservadora y nobiliaria, representacion genuina del saber, de la intelijencia, de la riqueza, de la fuerza moral y material, del órden, de la estabilidad y de todos los intereses sociales: aristocracia y clases que se cruzaron de brazos ante aquellas rápidas, casi diríamos brutales trasformaciones, ayudando inconscientemente á ellas en el mero hecho de no emplear sus irresistibles fuerzas para detener ó enderezar por el buen camino la vertiginosa carrera de aquella revo-

lucion, que en sus postrimerías careció de todo, hasta de la conciencia de sí misma.

*Punto y aparte.* ¡Oh! qué gran verdad se encierra para España en esta brevísima frase, que sintetiza toda la historia de nuestra revolucion contemporánea. *Punto y aparte* debió haberse hecho los años 12, 20, 34, 37, 45, 56, 69 y 76; y no se hizo, porque ocupados en fabricar constituciones, no quedó tiempo para pensar en otra cosa que en hallar el medio de dejarlas en el período de incubacion; ó en su defecto, abolirlas, sustituirlas ó cuando ménos infrinjirlas, para darnos el gusto de forjar otra; que al fin y al cabo no es tiempo perdido el que se emplea en buscar la verdad, aunque sea política, por distinto camino de aquel que sigue la hija de Júpiter y madre de la Justicia y de la virtud.

*Punto y aparte:* gran verdad, repetimos, y frase feliz que debiera pasar en proverbio; y que pasará si cerrando los oídos á los consejos del autor de este libro, se persiste mañana, como se persiste hoy y se persistió ayer, en conservar en su mayor ó menor integridad los procedimientos económicos, administrativos y financieros que motivaron la revolucion de Setiembre; la Presidencia; la Monarquía extranjera; la República; la bacanal de los Cantones; la Dictadura y la Restauracion.

*Punto y aparte*, en la gestion administrativa del Tesoro público, porque el mal está en la Hacienda, *causa quizás la única*, dice Asensio, *de las REVOLUCIONES de España*; y cuenta que, á juicio nuestro, deben ser comprendidos dentro de aquella palabra todos los hechos anormales, fenomenales, contradictorios, perturbadores, y los buenos y beneficiosos que acontecen en nuestro país.

*Punto y aparte*, en fin, es necesario hacer en todos terrenos, sin olvidar aquel en que florecen las Ciencias, las Letras y las Bellas Artes; en que prosperan la agricultura, la industria y el comercio; en que se educan y moralizan todas las clases de la sociedad; en que se enderezan tantas conciencias que andan torcidas, y en que se hace producir al país mucho y bueno sin imponerle grandes sacrificios que paralizan sus fuerzas y esterilizan su intelijencia.

«El origen de todos los males que aquejan á España está en el desórden administrativo, y en el apuro continuo de la Hacienda», tal es la síntesis del libro de Asensio.

Así es, en efecto. Ese y no otro es el orijen de nuestro descrédito en el extranjero; tal y tan grande, que á su sombra *nacieron* en Lóndres los *certificados* españoles que se trataron de abanderar en Madrid; se ha podido fijar en los muros de aquellas Bolsas un

vergonzoso anuncio para España, y es la causa de que en todos los grandes mercados se nos desprecie, compadezca ó esplote.

Ese y no otro es el origen de esos grandes cánceres que nos devoran, y que se llaman *empleomanía*, *nepotismo* y *caciquismo*: es la causa impulsiva de esa série no interrumpida de motines y PRONUNCIAMIENTOS —palabra que ha caído en gracia y comienza á estar en moda en Europa— que tejen, hace ya demasiados años nuestra *envidiable* existencia política; que agotan todos los recursos del país, despilfarran su riqueza positiva; postran sus fuerzas productoras; lanzan por la más fatal de las pendientes el jénio de la raza española, y embotan la intelijencia y la actividad de nuestro pueblo, que parece vivir sólo para una política suicida.... que otro nombre no encontramos que dar á esa monomanía que le aqueja de imitar en su esfera peculiar de accion el desórden, la inseguridad, la inestabilidad y el empobrecimiento de su administracion pública y de su Hacienda nacional.

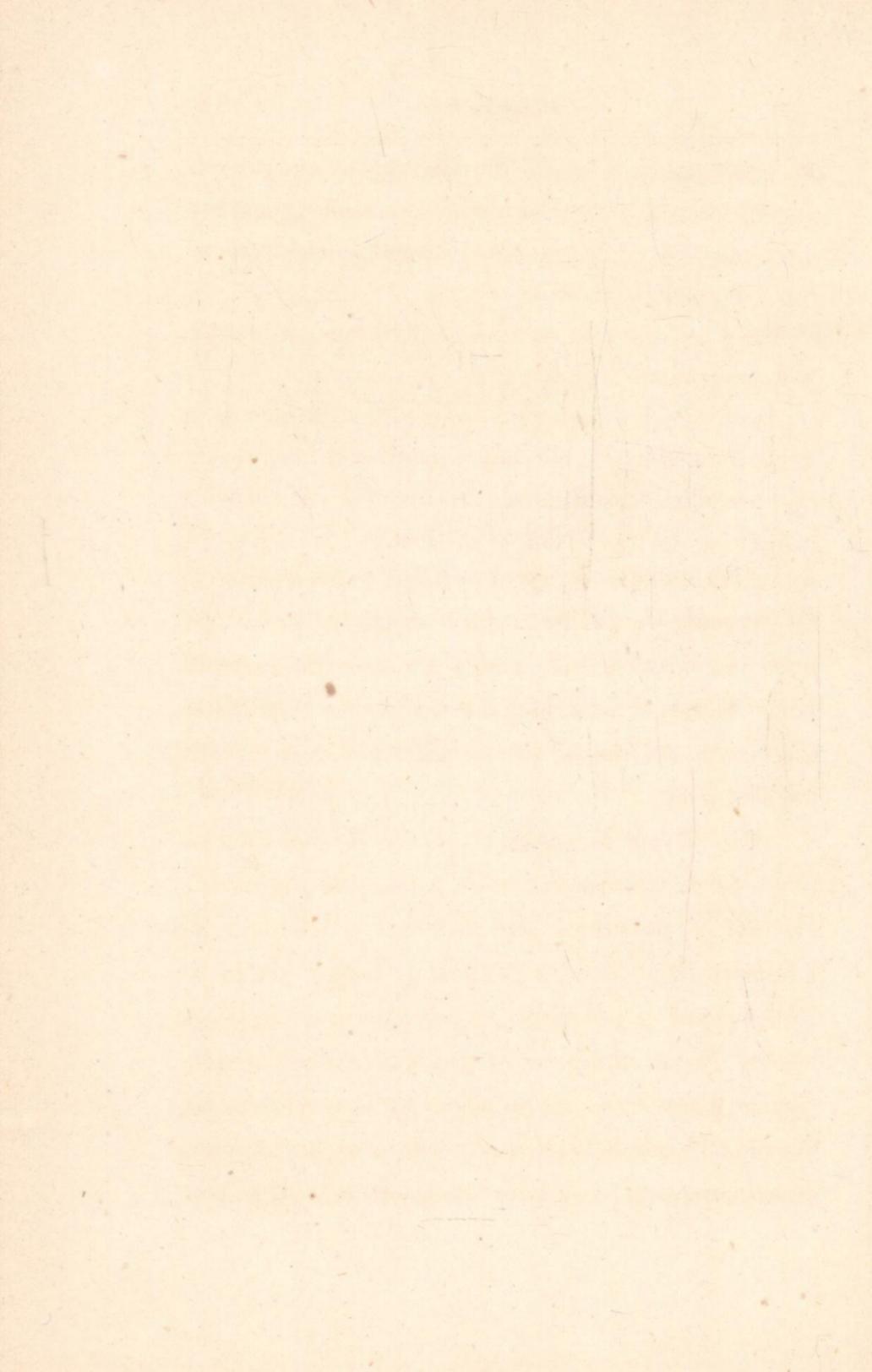
Descrédito fuera; motines periódicos y empobrecimiento progresivo dentro, tal es el fruto del *desórden administrativo* y del *apuro continuo de la Hacienda*. Quien corte de raiz el árbol que tan mal fruto dá, y replante con intelijencia el terreno de la Hacienda de España, ese duplicará en pocos años la riqueza

del país, dado que en él abundan los elementos; le rehabilitará á los ojos del mundo civilizado, y cerrará el templo de Jano de nuestras interminables y vergonzosas discordias intestinas.

Asensio dice que ese milagro debe y puede hacerlo la Restauracion. ¿Lo hará?

Consejos y experiencia no le faltan, ni oído para oír la voz que le grita: *Punto y aparte* con los anteriores periodos, inspirándose únicamente en elevados principios de moralidad y justicia.»

J. GUICHOT.



---

---

## PRÓLOGO

*Que escriba un libro político quien nunca se ha ocupado de política, como sucede al autor del presente, cosa es que podrá tacharse de extraña por el lector, si no se detiene un poco á considerar las circunstancias en que actualmente se encuentra nuestro país.*

*No es hoy la política aquella elevada ciencia de gobierno, que interpretada en sentido puramente español y patriótico por Isabel I y Jimenez de Cisneros llevó nuestra Nacion al mayor grado de prosperidad y grandeza en el trascurso de pocos años. No es tampoco la política actual aquella oscura y tenebrosa maraña que en su cerebro urdia Nicolás Maquiavelo para envolver á sus adversarios, inutilizar sus planes, divorciar sus intereses, y sacar*

sobre todos triunfante el pabellon de su Príncipe. El termómetro político ha ido descendiendo; la política de ahora es más casera, más pequeña y manuable; se mezcla en todo, todos tratan de ella. Con la tribuna y los periódicos se hacen políticos por fuerza hasta los ménos ilustrados individuos del estado llano; y en cafés, en casinos, calles y plazas, se habla, se discute sobre los sucesos del dia; se critica á los hombres de Estado de todos los pueblos de Europa; se pasa revista á la vida pública y privada de Soberanos y gobernantes, y se proponen planes de gobierno y arbitrios rentísticos que dejan muy atrás á todos los que imaginó el enfermo pintado en el COLOQUIO DE LOS PERROS.

Cansado, aburrido, desilusionado al ver que los asuntos más vitales para nuestra España se miran siempre por el mezquino prisma del espíritu de partido, y nunca con el levantado criterio del amor de la pátria, el autor de este libro ha querido dar la voz de alerta, por más que la suya sea débil y desautorizada; ha querido decir públicamente, sin pasion, sin encono, lo que piensan y sienten de los hombres y de los sucesos la mayoría de los españoles sensatos, amantes de su país, que

---

*juzgan con imparcialidad desde el retiro del hogar doméstico.*

*Tal vez el grito sea perdido: quizá su voz clame en desierto. Pero por si de algo sirve, por si causa alarma entre los hombres honrados de todos los partidos, se cree en la obligacion de hacerla oír en bien de la pátria.*



---

---

# PUNTO Y APARTE

## LA REVOLUCION

### I.

¿Cuáles fueron las causas de la revolucion española de 1868? ¿Podrá la História severa acusar directamente en su dia á algunas personas de haber producido aquel movimiento? El exámen de antecedentes nos llevaria muy léjos y fuera de nuestro propósito. Hacemos estas interrogaciones con el objeto de poder consignar desde el principio, que, en nuestro sentir, ninguna de las convulsiones que ajitan el cuerpo social en determinados períodos, sea cual fuere su nombre, sus aspiraciones y su importancia son producidas por la voluntad de

un hombre, por la ambicion de una familia, por la inquietud de un partido, sino que nacen de una necesidad social sentida ántes, esplicada, que ha dejado conocer su existencia por manifestaciones más ó ménos claras, y que no se han atendido debidamente acudiendo al remedio.

Cuando la causa es grave, el sacudimiento es profundo; cuando el mal es leve, la conmocion tiene escasa importancia. Pero de la misma manera responden á las aspiraciones del momento histórico en que se presentan los imponentes actos de la Revolucion Inglesa y el Protectorado, que el llamado *Motin de la Feria* ó del Pendon verde en Sevilla; tan dignas son de la atencion del hombre de Estado las grandes escenas de la Francia de 93, como las inquietudes de la Irlanda falta de pan bajo la garra de la opulencia inglesa; ó la continua y lenta agitacion de los Principados cristianos del Danubio, que al cabo producirán el anonadamiento del Imperio Turco.

El historiador debe consignar todos los hechos; el filósofo investigará causas, estudiará en el terreno científico la manifestacion del hecho, analizará las consecuencias, consignará su in flujo

en el adelantamiento y perfectibilidad del hombre y en la marcha de la sociedad.

Causa, pues, tuvo, y causa grave la revolucion de Setiembre de 1868, porque la convulsion fué profunda. Pero no vayamos á buscarla en las conspiraciones de algunos jenerales, en el deseo de medrar de inquietos y de ambiciosos, en los desaciertos gubernamentales; esos eran los síntomas, la enfermedad estaba más honda; no alcanzando á desarraigarla los medicamentos comunes, se hacía preciso emplear remedios violentos; eran de necesidad para que desapareciese extraordinarias peripecias. No bastaban los paliativos, y se esperaba la accion del revulsivo; inútil el emoliente, agotados los recursos suaves, venia preparándose el cauterio, y hasta la amputacion en su caso.

Nadie podrá negar esta verdad, á ménos que cierre los ojos á la luz. Males habia en España que exijían reforma y reforma pronta, enérgica, rápida, violenta. ¿Cuáles eran? ¿Acertó la falanje revolucionaria con los medios de hacerla? ¿Llevó á cabo la mision que por breves momentos le confiára la Providencia? Este es el objeto de la

primera parte de nuestro trabajo; base necesaria para formar juicio del período revolucionario; premisa indispensable para la exactitud de los juicios posteriores.

## II.

La causa mayor, si no es acaso la única, de que en España nos encontremos todavía en la plenitud de la era revolucionaria, el móvil más poderoso que impide se haya cerrado de una manera estable la época de los sacudimientos y convulsiones, está en la desorganización, mejor dicho, en el desequilibrio de la Hacienda pública.

Más de una vez, en amigables conferencias con hombres ilustres y altamente conocedores de nuestra Administración lo hemos dicho, y hemos visto confirmada esta idea con argumentos nuevos, con razones prácticas, que nos eran desconocidas. El día en que pueda introducirse el orden en la Administración, en que la Hacienda marche con desembarazo, reduciéndose las cargas del presupuesto á lo que la riqueza contribuyente puede

pagar, la paz está asegurada en España; su prosperidad interior, su importancia en el exterior renacerán como por encanto: todas sus llagas aparecerán cerradas, porque la única llaga de este cuerpo social está en la Hacienda, en el abatimiento de las rentas del país.

Dicho se está, que, cuando por causas que traen antiguo oríjen y raíces profundas, la Hacienda pública ha llegado al extremo en que se encontraba la de España en el año 1868, los gobiernos de orden no pueden arreglarla, y se hace preciso que una revolucion en períodos de fuerza, de ajitacion, de violencia, de ódio y desprecio á lo pasado, cure por remedios extraordinarios lo que en el curso ordenado y pacífico de los sucesos no puede tener remedio.

La revolucion en España no tenía más razon de ser ni otra mision que cumplir que la relativa á la Hacienda.

No habia en nuestro país, por fortuna, grandes males sociales que remediar; ni habia razas privilegiadas que impidieran al pueblo ocupar todos los puestos del Estado, usufructuar todas las industrias, aprovecharse de todas las

ciencias, subir á todas las dignidades: ni habia grandes abusos en el poder, ni odiosas injusticias de clase; ni enormes desigualdades, ni tiranías insufribles. En el fondo de nuestras instituciones, nacida con ellas por la índole especial y singularísima de la guerra de siete siglos, infiltrándose por todas partes en las costumbres, en el trato familiar, en sociedades y en corporaciones, la sávia democrática corria desde muy antiguo en el cuerpo de la nacion española, en tan abundante venero, que no es posible ver en ella revolucion sangrienta y pavorosa, porque no existen inveteradas causas de ódio, ni hay roca bastante fuerte que pueda oponer resistencia á la oleada popular cuando se embravece, y ensangrentar la lucha. Do quiera que nuestro pueblo vuelve los ojos en todas las épocas de su história, se encuentra con hijos nacidos de su seno; hijos insignes elevados por sus talentos, por su valor, por sus virtudes, á quienes no ha estorbado la pobreza de cuna, ni la humildad de oríjen, ni la oscuridad del apellido para subir á las mayores dignidades. La púrpura entre nosotros se llama Jimenez de Cisneros; la toga se llama Jovellanos;

el Consejo se llama Ensenada; la faja se llama Espartero. Siempre el pueblo, y en todas partes el pueblo, demostrando que en España no es nueva la idea democrática.

Por eso las revoluciones no han tenido la misión de traerla: y España hubiera permanecido firme y tranquila en medio de los sacudimientos que experimentaban otras naciones de Europa al derrocar los abusos del régimen aristocrático, si desde muy antiguo no hubieran venido formándose en su seno los jérmenes de destrucción que minaban la Hacienda.

En la Hacienda pública y nada más que en ella estaba la razón de ser de la revolución de Setiembre de 1868. Arreglarla, metodizar la Administración, hacer entrar el país en una era de prosperidad, destruyendo añejos abusos, y fatales prácticas administrativas, y borrando inveterados males, era la misión de los revolucionarios. Veamos cómo la llenaron.

## III.

Clamores jenerales se escuchan hace mucho tiempo que censuran el desconcierto administrativo, que anuncian la angustia de la clase contribuyente. En la tribuna y en la cátedra, en libros, en periódicos, pública y privadamente las quejas se han elevado de todas partes.

La deuda agovia el presupuesto; la inmoderada cuanto injusta profusion de jubilaciones y cesantías lo abruma; la multiplicidad de empleos civiles y de cargos militares lo absorve; es imposible que el país contribuya con lo necesario para tan enormes gastos. No es que concibamos la Nacion sin crédito, el Estado sin deuda pública; es que deseamos que la deuda sea proporcionada á la riqueza del país, á los rendimientos de lo imponible; deseamos que el juicio y el orden tengan el imperio debido. No aspiramos á la supresion de todas las cesantías, á la abolicion de todas las jubilaciones: *summum jus, summa injuria*. Pero anhelamos verlas

reducidas á justos límites. Una nacion pobre no puede permitirse cierto jénero de lujo. La jubilacion y la cesantía para ser justas deben tener por base el mérito contraido y la necesidad en el que las recibe. Cuando el inválido de la ciencia, ó el inválido de la guerra son ricos por su casa, ó tienen fortuna propia, sus jubilaciones no deben recargar el presupuesto. Para estos casos son los honores, las preeminencias, las grandes condecoraciones. El que sirve bien y es pobre, y no puede prestar yá nada á su pátria por enfermedad, ó por vejez, goce en buen hora de cesantía que al par que le honre le sustente; que la Nacion nunca debe abandonar á sus leales servidores. Pero el que sirve bien y es rico, aspire al premio de las cruces, de los distintivos honrosos que á todos recuerden el mérito de quien las ostenta.

En la oposicion todos los partidos se han hecho ecos de la opinion del país trabajador y contribuyente; en grande escala, en progresion ascendente han venido todos repitiendo las voces de órden, de moralidad, de economías. Merced á sus teorías juiciosas en estos puntos, sosteniendo

lo que ántes hemos indicado, han llegado á conseguir alguna vez el apoyo moral de las clases conservadoras y del pueblo mismo, siempre atento á cuanto influir puede en su bienestar. Cuando se han colocado en las esferas del poder, ejercitando su actividad en las rejiones gubernamentales, han olvidado sus palabras, trocado sus convicciones: han seguido la senda fatal iniciada por todos los que les antecieron en el gobierno; sin advertir que abandonando la realizacion de lo prometido dejaban en manos de sus adversarios la palanca que habia de servirles para derribar su situacion; aquella palanca poderosa que á ellos les habia servido para ganar las simpatías del país, y hacer caer á sus antecesores.

Las quejas, los clamores, los gritos de la Nacion eran y son tan grandes como fundados. La deuda pública absorbe para el pago de sus intereses siempre crecientes una gran parte de lo que el país contribuye; absorbe mucho más de lo que puede pagarse: verdad clarísima, hoy demostrada por desgracia con la innegable elocuencia de los hechos. Todos los partidos han ofrecido en la oposicion consagrar atencion pre-

ferente á tan vital asunto; todos han ofrecido cerrar el período de las emisiones, amortizar títulos en toda la amplitud que permitieran otras atenciones, acudir con puntualidad al pago de los intereses.... Ninguno lo ha cumplido.

El mal empeoraba; llegaba á amenazar la ruina; el crédito nacional estaba agonizante.... La revolucion, en medio de otros males, podia traer remedio para éste.... la revolucion no lo trajo, y ántes por el contrario, prosiguiendo sus hombres, en el mismo sistema que los más aferrados, doctrinarios continuaron viviendo al dia, haciendo emisiones nuevas cuando tocaban el imposible de solventar con la puntualidad necesaria los intereses de las antiguas, y ofreciendo á unos tipos ruinosos aquel papel que iba á aumentar los embarazos de la Administracion, y traer necesaria y fatalmente la bancarrota.

¡Con cuánta razon se elevaban estos clamores en el Parlamento y en la prensa! Los españoles todos hablaban contra la pluralidad de empleos; contra la aglomeracion de servicios, el absorbente aumento de la deuda, la creciente del ejército, la injusta distribucion de jubilaciones

y cesantías. ¿No parecía lógico que derrocada la monarquía tradicional, encumbrado un gobierno sin raíces, sin compromisos, sin afecciones que á lo antiguo le ligasen, pusiera mano enérgica y decididamente en la enmienda de aquellos abusos? ¿No era de rigurosa justicia revolucionaria romper con lo pasado, y entronizar la nueva era sobre bases del todo diferentes? Con asombro podrémos consignar que nada de lo que podia esperarse sucedió.

El gobierno Provisional, y el gobierno de la Rejencia continuaron su camino como si fueran los sucesores por turno pacífico del gobierno legítimo y legal; derramaron mercedes á manos llenas; dieron títulos, premios, sueldos: y aunque veian disminuir entre sus manos los ingresos del Erario, acusando que menguaba la riqueza pública, siguieron distribuyendo con inusitada prodigalidad los empleos, las pensiones, los grados, las condecoraciones y las cesantías.

Y era porque aquellos revolucionarios que nunca tuvieron conciencia del papel debian representar en la História, que no llegaron á comprender la mision que para bien de España les



habia confiado la Providencia, no supieron hacer *punto y aparte* con el pasado, no supieron investirse de su verdadero carácter; y el período revolucionario se inauguró como continuacion de la monarquía, sin el monarca. Los hombres de la revolucion fueron á punto seguido los sucesores de Gonzalez Brabo; y mucho más en la administracion del país que en la política, cuando era mucho más esencial y necesaria la variacion radical en aquella.

#### IV.

Cuando iba trascurrido un año despues de la revolucion de Setiembre, la situacion daba campo á muchas y extrañas consideraciones.

A excepcion de la Reina y de la familia Real, que no ocupaban el Palacio de la Plaza de Oriente, todo continuaba en el mismo camino que durante el reinado de Doña Isabel II.

Habia un ministerio responsable de un rey X, con las mismas dependencias, idénticas Direcciones, Capitanes jenerales, Gobernadores y planta

de empleados de la monarquía. Cualquiera creeria que sólo se habia verificado un cambio de ministerio; y éste tal vez fué el intento de muchos de aquellos que ayudaron á la revolucion. De las reformas que el país ansiaba ni una sólo.

Verdad que no se pagaban los millones de la lista civil del Monarca; verdad que empezaba á estar completamente olvidado el pago del clero; pero esas bajas no producian alivio al país contribuyente; no se pagaba, pero se cobraba lo mismo...: nó, esto no es cierto, se cobraba más, y se escojitaban medios de cobrar más todavía. Al aumento de la contribucion territorial, se añadian los impuestos extraordinarios, las emisiones extraordinarias de papel, bonos, billetes hipotecarios, &c., &c., y se imajinaba capitacion, la prestacion personal, y no sabemos ni queremos decir cuántas y cuántas gabelás. Parecia que los mismos prohombres del movimiento se encargaban de hacer patente lo inmotivado de su elevacion.

Al Gobierno Provisional sucedió el Ejecutivo, á éste la Regencia. Luégo vino la Constitucion celeberrima de 1869, en la que consignando por

un lado los derechos ilegislables, inalienables (é inaguantables, según decía el pueblo mismo) se estableció por otro la forma monárquica como la única adaptable á la gobernacion del país. ¡Rara confesion que la fuerza de la verdad arrancó á aquellos hombres que se sentian pequeños para mandar á un pueblo grande!

## V.

El espectáculo que entónces presentaron nuestros revolucionarios fué lastimoso y estravagante. Los embajadores españoles en todas las naciones de Europa se dedicaron al estudio del almanaque de Gotha, en demanda de un Rey para el trono que acababan de hacer.

Las embajadas se habian conservado con sus pingües sueldos, para restañar las heridas de algunos lastimados anti-dinásticos, y contentar á otros bienaventurados de la revolucion setembrina. Apénas empezaban á gozar de las delicias plenipotenciarias, cuando la empresa de buscar monarca cayó como bomba para perturbar su tranquilidad.

Revolucionarios sin conviccion, no podian prescindir de tener monarca. Monárquicos sin entusiasmo, llegaron á formular su deseo de obtener la menor cantidad de Rey posible. Pero diplomáticos envidiosos, movidos por los celos de que otro lograra traer á España un jefe á su devocion, se lanzaron todos con ardor en busca de aventuras, y anduvieron de puerta en puerta, ó de córte en córte, pidiendo de limosna un Rey; Rey que no se pedia para el trono de San Fernando, por más que así se dijera, sino para el trono vergonzante de 1869.

A aquellos graves diplomáticos no puede recordárseles sin lástima, sin risa. El período no es para tratado en sério, no es siquiera para escrito: digno solamente del lápiz y del talento de Ortego, él lo dejó consignado gráficamente para enseñanza de las jeneraciones.

## VI.

Aleman ó portugués, italiano ó turco, todos eran buenos y excelentes candidatos, porque la

urjencia era llenar el hueco, concluir con la interinidad, que *ahogaba á España*, segun decian los mismos que la habian traído, los mismos que ántes de verla concluida pensaban hacer todos los esfuerzos imaginables para prolongarla. Por esta razon latente no se llegaba jamás al deseado acuerdo. Cada cual ambicionaba para sí la glória de traer al nuevo jefe; cada uno en sus adentros meditaba ser el favorito, si no podia ser el dueño del entronizado advenedizo.

Las peripecias de la lucha, sorda unos instantes, clara y paladina en otros, cruda siempre y pequeña á más no poder, no entran en los límites trazados á este librito. Los lectores han podido observar que fieles al plan que nos hemos propuesto, descendemos raras veces á casos concretos, nunca á hechos determinados, jamás á la calificacion de las personas, huyendo hasta de estampar nombres sino en ocasiones ineludibles. Este libro sólo encierra consideraciones jenerales, rasgos comunes, siluetas vagas, con el fin de presentar cuadros en bosquejo, que puedan apreciarse en conjunto pero no en detalle; con tanta ménos necesidad de buscarlos, cuanto que escrito para contemporáneos,

torpe y raro será el lector que, dado el boceto, no se atreva á llenar de memoria los huecos y concluir los perfiles.

Como sobre ascuas es necesario pasar por este período de la carrera revolucionaria; hay asuntos que no pueden tocarse sin peligro, y no era ni es todavía para mirado de cerca el papel que en el mundo político desempeñaron nuestros gobernantes y nuestros diplomáticos, cuando paródias de Jerónimo Paturot, andaban en busca de Rey.

Despues de muchas contrariedades, cuando yá en el Parlamento y en la prensa se habian dado todas las vueltas posibles á todas las candidaturas imaginables, y cuando los periódicos republicanos habian concluido la tarea de ir desacreditando uno despues de otro á todos los que presumian que podrian ocupar el trono levantado por las Constituyentes y empuñar el cetro, que algunos jenerales precabidos conservaban colgado en el puño de las espada, para un caso de necesidad, por una votacion incalificable, 191 representantes, que dijeron serlo de la Nacion española, proclamaron Rey Don Amadeo de Saboya, hijo del Rey de Italia.

## VII.

Última etapa, desenlace trágico del primer cuadro del drama revolucionario, fué el asesinato del general D. Juan Prim.

Dotado de grandes cualidades, tal vez hubiera tocado el ideal que su mente acariciára; tal vez en un dia dado, desembozando sus aspiraciones, hubiera podido reconcentrar en su mano el poder, y ser con fortuna y con enerjía Dictador ó Presidente. Pero en nuestro sentir equivocó el camino. Sólo, y luchando con los partidos estremos hubiera podido llegar al triunfo. Apadrinando la candidatura de un Rey extranjero; poniendo á España en manos de un señor, siquiera fuera nominal su poderío, se inutilizaba su popularidad, se gastaba su nombre, y al desmoronarse en tiempo más ó ménos largo, aquella sombra de monarquía tan trabajosamente levantada, pero que de ningun modo podia sostenerse, atendida la índole del pueblo español, por fuerza habia de llevarse consigo el prestigio del que la apadrinó.

Reprobamos con toda la energía de nuestras convicciones morales el asesinato; no encontramos palabras bastante duras y significativas para anatematizar á sus autores, para denostar á los que de tan cobarde manera se deshicieron de un enemigo poderoso y enérgico; pero juzgamos que el hombre público desapareció cuando terminó su mision, cuando habia llegado al apojeo. Desencadenó la revolucion, y concluyó al entrar ésta en un nuevo período. Nombrado el Rey, la posicion del jeneral Prim era difícil, era indefinible; su estrella debia comenzar á descender, y para hombres de su temple no puede haber ocaso. Desaparecer en el zénit es morir con gloria.

### VIII.

Faltó el hombre que iba personificando el movimiento revolucionario, en el momento que pisaba el territorio de España el Rey nombrado por la revolucion. Los partidos todos sintieron el golpe y se turbaron más ó ménos, presintiendo su alcance, y las tormentas que por la ausencia de

aquel fuerte brazo podian desencadenarse súbitamente. Volviéronse las miradas al monarca, buscando nuevo representante al principio de autoridad; y en la paralización que por un instante produjo el crimen, reconcentrando sus pensamientos todos los hombres políticos, esperaron que, movido por tan poderoso resorte, el Rey habia de hacer cambiar la faz de los sucesos, imprimiendo nueva marcha, sello distinto, carácter más decidido á la política y á la administración pública.

Se esperaba, tal vez sin darse cuenta de ello, que se inaugurase una época nueva; se creía que en todos terrenos se habia de hacer *punto y aparte* con el pasado.

Y en verdad, no faltaba razon para esperarlo.

Después de once siglos volvíamos á tener un ensayo de monarquía electiva; forma de gobierno no usada en España desde el tiempo de la dominación goda, muy conforme con el carácter individualista de aquella sociedad guerrera, y que por extraña contradicción política parecía ser adaptable á una evolución socialista. La casualidad, la fortuna ó la Providencia habian

hecho que el Rey buscado lo fuera en una Nación rejida liberalmente hacía mucho tiempo, y que por condiciones especiales de su organismo recibia en su seno y practicaba todas las ideas nuevas. La España estaba cansada y empezaba á conocer el poco fruto que la revolucion produjera; y todos eran indicios de novedades y de variaciones que respondieran á las necesidades del momento.

Los hechos no justificaron aquellas esperanzas, aquellas ilusiones; pero esto lo verémos muy luégo; dejando por ahora como única conclusion asentada la de que, si la única ó la principal causa de la revolucion de Setiembre estaba en la desorganizacion de la Hacienda, esta misma causa subsistía al pisar el territorio español el Rey elejido; y no subsistía en el mismo estado que al estallar el movimiento, sino mucho peor, muy agravada por los desaciertos financieros del primer período revolucionario.

---

---

## LA MONARQUÍA ITALIANA

### I.

*«Si yo gobernára el mundo,  
»No le dé Dios tal desdicha....»*

«ó si, por un incalificable cuanto inesperado azar  
»de la suerte voltaria, fuera yo llamado á gobernar  
»una nacion, á rejir un pueblo, á mandar siquiera  
»una ciudad ó una insignificante aldea, mi mayor  
»cuidado habia de estribar en hacer que por do  
»quiera quedase impresa la huella de mi paso;  
»que la atencion no se pudiera distraer un sólo  
»instante de mi persona; que mi actividad, mi  
»iniciativa, mi autoridad se dejáran sentir en  
»todo y por todas partes. Creo que este es el

»modo de hacer conocimiento con un pueblo que  
»no conozca de antemano mi nombre ni mis  
»proezas, con el que no me ligen vínculos de  
»afecto, y que no podrá mirarme en un principio  
»sino como intruso y ambicioso mandarin.

»Yo pondria patas arriba la administracion,  
»y patas abajo á los administradores, siendo  
»siempre del partido de los administrados; abatiria  
»antiguos fueros, prácticas abusivas y bríos ile-  
»gales, ora estuviesen en Corporaciones poderosas,  
»ora en altivos caciques. Si entraba, que sí en-  
»traria, y con mucha frecuencia, en cuarteles,  
»comeria el rancho del soldado, y hasta me  
»recostaría en su lecho; daria mi nombre á ins-  
»tituciones, gastaría mis rentas en obras útiles y  
»de reconocida utilidad jeneral. En benéficos  
»asilos enmendaria los abusos y derramaria el oro  
»en establecimientos públicos animaria al traba-  
»jador y protegeria al jefe.... y por todas partes  
»procuraria que se comprendiese que el nuevo  
»señor, si no era bueno, deseaba serlo. En fin,  
»habia de procurar que el dia que de mí no se  
»hablase bien, se hablara mal; pero que siempre  
»me tuvieran en boca.»

Tal era el sistema que un andaluz de indudable injénio proponía como modelo al Rey que entra á rejrir una Nacion extraña, y en la que no tiene afecciones, ni respetos. Es preciso hacer conocimiento con todos, y ser de todos y por donde quiera conocidos.

Educado á la moderna en la córte de un Rey constitucional, y acostumbrado á la práctica sincera del parlamentarismo, Don Amadeo de Saboya entró en España con el firme propósito de respetar la constitucion y seguir en todo las reglas del gobierno representativo. Su decision era inquebrantable, y tuvo valor y carácter para no quebrantarla. Fué un Rey constitucional sin tacha; esto dicen como su más lisonjero encomio los que le aplauden; nosotros, que tambien reconocemos la sinceridad de su constitucionalismo, vemos en su conducta la causa de los males que aquejaron á España durante su reinado y de los que luégo sobrevinieron; vemos tambien en ella los motivos de su ruina.

Si Don Amadeo de Saboya hubiera sucedido á su padre en la gobernacion de la Italia, pacíficamente rejida durante largo espacio de tiempo

por una constitucion practicada yá y aceptada por todos, su conducta hubiera sido digna de los más altos elojios. Pero debió considerar que pisaba el territorio de una Nacion trabajada durante muchos años por guerras interiores; donde la lucha entre la idea nueva y la antigua no habia concluido, y habia venido á recrudecerse con los últimos esfuerzos reaccionarios; donde una revolucion vencedora habia derribado en momentos al trono secular, y hacía tres años que guiaba sin obstáculos su carro triunfante, cuyas ruedas acababan de aplastar al hombre que la habia desencadenado; y donde los partidos extremos esperaban á la monarquía galvanizada y ficticia que se les propinaba, para abatirla entronizándose sobre sus restos.

En ocasiones semejantes no es buen Rey el que proclama la legalidad extricta. La Nacion pedia otra cosa; las circunstancias reclamaban imperiosamente una situacion de fuerza. Cada cosa en su tiempo.

Don Amadeo, jóven y valiente, fué un instante esperanza, muy luégo fué decepcion, desengaño, sombra, nada. Se anuló; careció de

iniciativa, de pensamiento propio: no conoció, ó no le dejaron que conociera el pueblo que debía rejr, y los nombres de Sagasta y Ruiz Zorrilla, del Duque de la Torre y Castelar sonaron con mayor estruendo y muchas más veces en los oídos de los españoles que el nombre del extraño monarca. Ese fué el error.

En situación comprometida, tumultuosa, casi desesperada, se necesitaba el Dictador, el jefe de rápida vista, concepcion fácil, carácter decidido y ejecucion pronta. En vez de esto se ofreció al país el Rey constitucional, extricto guardador de las fórmulas, que nada hacía por sí, nada innovaba; que vivía en perpétuo sistema expectante sancionando lo que pensaban otros. Fué dar un glóbulo homeopático al herido que llevaba rota la cabeza y fracturadas ámbas piernas. Pero no nos anticipemos á los sucesos.

## II.

El primer ministerio de la monarquía saboyana se formó de elementos disímiles y áun

adversos, queriendo presentarla á la Nacion y tambien á la Europa como apoyada por todos los elementos que habian tomado parte en la revolucion. Formaban en él el Duque de la Torre, Ayala y Topete, por una parte, Sagasta y Ruiz Zorrilla por otra. Miéntas que unidos caminaron se dejaron sentir distintas corrientes en los diversos ramos de la administracion, segun las ideas particulares del jefe que las impulsaba. Cuando se fueron deslindando los campos, cuando los vínculos fueron aflojándose y se hicieron infranqueables abismos las pequeñas diferencias que desde un principio existieran, y que no es necesario explicar atendida la significacion de los hombres que formaron la combinacion ministerial, la lucha latente y sorda se hizo ver clara, y cada cual quiso ser jefe, naciendo del seno mismo de aquel Gabinete tendencias que áun hoy se dibujan ostensibles y nominadas en la política española.

Partieron unos al lado que podríamos llamar conservador, áun en medio de la revolucion; hicieron otros su bandera del nuevo código político y se llamaron constitucionales; los más

ardientes formando grupo decidido y en reemplazo del partido progresista avanzado, querian plantear desde luégo reformas radicales, y fueron bautizados con este nombre. Grupos menores se designaron con las calificaciones de cimbríos, fronterizos, y otras várias que no hacen á nuestro intento; las recordamos únicamente para indicar lo que desde luégo podria conocer el más miope, que en tanta division no cabe fuerza, ni puede ser duradera situacion política que tantos enemigos combaten.

Y como si todo esto no fuera bastante, se agitaban de continuo los dos extremos absolutista y republicano, fuerte aquel en la Iglesia y este en las masas populares, y trabajaba más vigoroso cada vez el alfonsismo que aprovechaba para la restauracion todos los desaciertos de sus adversarios, y engrosaba sus filas con los que de buena fé se formaron ilusiones algun dia y que, al verlas desvanecidas y previendo los desastres que amenazaban, volvian los ojos á la única salvacion posible, al sólo iris de esperanza que se vislumbraba, arrepentidos, aunque tarde, del apoyo más ó ménos directo que prestado habian á los trastornadores del órden social.

Del choque de tan encontrados elementos, de la lucha que en la sombra sostenian los políticos por alcanzar el mando, los unos por derribar lo existente destruyendo hasta sus últimas bases, los otros preparando nuevas vías para volver á lo pasado, resultaba una inquietud continua, indefinida, un malestar que se sentia por do quiera, que á todos alcanzaba y que no era fácil remediar ni combatir; porque era hidra de muchas cabezas; procedia de múltiples causas cuyo oríjen no era posible investigar, ni definir, ni remediar.

El enfermo empeoraba; le abandonaban las fuerzas; las pérdidas no se reponian. Habia tempestades que trastornaban el cerebro; flaqueaba la cabeza; las piernas no podian sostener el cuerpo.

### III.

Mal andaba con las suyas propias la nueva monarquía, que el terreno era desigual y ocasionado á tropiezos, como hemos visto, y las ambiciones, el encono, la inquietud de los partidos lo hacian por todo extremo resbaladizo.

No vamos á seguir paso á paso la historia de la segunda etapa revolucionaria. Presentado el cuadro, el lector comprenderá toda su importancia sin más que fijarse en la poca luz y en las grandes masas de sombra que lo llenan. El paisaje es sombrío, pavoroso; se desea ver el sol en el horizonte para descubrir algo bueno entre tanta oscuridad.

Pero aquellas sombras no son las del crepúsculo matutino, sino las del ocaso; no hay que esperar el sol que se ha ausentado y tardará en volver. Secos están los pocos árboles que se vislumbran, y los que mejor se descubren están calcinados por el incendio. No hay aguas, ni flores, ni frutos, ni habitacion, ni familia.... ante cuadro tan sombrío el lector se sobrecoje y comprende que para hacerlo más agradable se necesita un pincel maestro, toques vigorosos, rasgos atrevidos....

No vamos á dibujar las figuras. Tal vez en otra ocasion nos consagraremos á esa tarea; por ahora nos basta el fondo, en el que el más apasionado no nos acusará de haber ennegrecido las tintas.

Renació la lista civil, y tornó á asomar su lívida faz el carlismo amenazador; aquel cadáver galvanizado por los esfuerzos del ultramontanismo de toda Europa, y tal vez por la ayuda del filibusterismo, se lanzó á desgarrar nuevamente las entrañas de la pátria. Los presupuestos eran el caos, amenazaba por centésima vez la bancarrota; las contribuciones se recargaban, se multiplicaban queriendo el gobiernó cobrar por todas partes y por todo; *hasta por respirar*, decia la jente del pueblo, hemos de pagar contribuciones. Sin embargo, se cobraba poco, porque las autoridades no obedecian bien, porque al desconcierto administrativo iba juntándose el desarreglo gubernativo; y la propaganda republicana, federal, internacionalista, que yá iba tomando proporciones aterradoras convertia en autónomos á los pueblos de más corto vecindario, y en autócratas á los más tozudos alcaldes.

Cuestiones de todo jénero dificultaban al par la marcha política, Córtes disueltas, Ministerios ora nuevos, ora remendados; la Hacienda por tierra, el erario sin atender á sus obligaciones más sagradas, pagando letras con pagarés sobre

---

las tesorerías de Provincia y abonándose éstos á su vez con letras sobre la central. Se borraron los delitos comunes de las hojas de servicios de los militares, y por último, cual digno remate á tanto desacierto, se disolvió el cuerpo de Artillería, borrándose de una sola plumada una de las glórias de España. Aquel fué el trueno gordo.

